

MARIÀ VAYREDA

La puñalada

GRANDES CLÁSICOS  FUNAMBULISTA



La puñalada

Grandes Clásicos

Marià Vayreda

La puñalada

(Una novela montañesa)

Traducción y postfacio de Ramon Vilardell



Primera edición: septiembre de 2013

Título original: *La punyalada* (1904)

© de la traducción y del postfacio: Ramon Vilardell, 2013

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2013
c/ Flamenco, 26 - 28231 (Las Rozas) Madrid

www.funambulista.net



Esta obra ha sido publicada con una subvención del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, para su préstamo público en Bibliotecas Públicas, de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual

BIC: FC

ISBN: 978-84-941475-0-0
Depósito Legal: M-24354-2013

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *Can trona i el Puigfacsalm*, © Elías Garralda

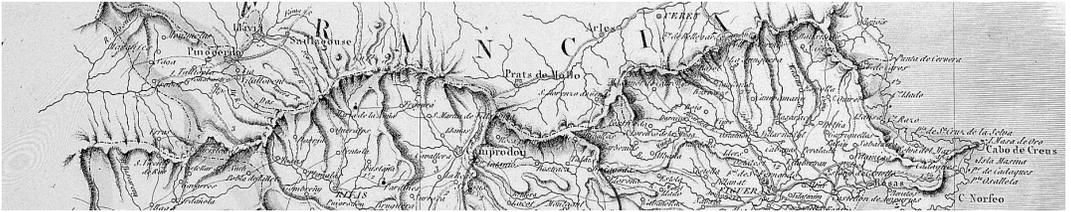
Impresión y producción gráfica: MFC Artes Gráficas

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

La puñalada



PRÓLOGO

En la cima misma del Bassegoda, como colocado para el acomodo del excursionista fatigado, hay un diván de blandísima hierba y sólido respaldo de piedra, donde tiempo ha solía sentarme, contemplando siempre con idéntico interés el grandioso panorama que se extendía a mis pies. Con la salida del sol, las tierras bajas del Ampurdán se divisaban nubladas por encima de la sierra de la Mare de Déu del Mont, emboscadas hasta la roca caliza de su cresta desnuda; más cerca, el pico de Tossa, y, todavía más cerca, Lliurona, vetusta y perdida entre encinares; el torrente del Borró, cortado a pico, la sierra de Banyadors y los negros pinares de Polí; hacia la derecha, los formidables reductos de Freu, los peñascos y desfiladeros de Sadernes, en los que se ve aún la cueva entre precipicios desde donde se dice que el obispo salía a hacer pastar su rebaño y bendecía, desde lo alto del abismo, a las vírgenes del Señor

acurrucadas en su convento de Coll Roig, entre escuchimizadas cultivos y minúsculos vergeles rodeados de mirto y lentisco. Más hacia poniente, Talaixà, a caballo de despeñaderos espantosos, el grandioso ábside de Sant Aniol y los agrestes cuatro costados de Brull. Mirando hacia la Segarra, veía Ribelles por encima de los imponentes canales de Uja, Bestracà sobre los escombros de Escalles; y hacia el norte, Costabona y el majestuoso Canigó cubierto de nieve todo el año. Aquí y allí, contemplaba levantamientos espantosos de macizos graníticos que, desnivelados en su base, se habían abierto formando dantescas grietas, muradales inmensos, hundimientos colosales que dejaban al vivo rocas desnudas y peladas como insepultos cráneos de titanes; y en medio de tal descabro, veía verdear, en ufano embrollo, desde el roble aparatoso y la rojiza encina de las solanas hasta la refrescante haya de las zonas umbrías y el airoso pino de las alturas que, formando olas de vegetación, llenaban las depresiones, se encaramaban por vertientes y crestas y escalaban hasta los riscos, por poco que en sus rellanos y recovecos pudiese aferrarse el junquillo o clavar en ellos su garra la indómita encina, aunque fuera lanzando sus ramas al abismo.

Cuando mi vista estaba ya saciada de aquel lujurioso espectáculo, y los pulmones hartos saturados de la brisa del Canigó, me apeaba de los tres pisos de aquella especie de torre del homenaje y, hundiéndome en las gigantescas depresiones, atravesaba bosques, umbríos los unos, donde nunca era de día, escasos los otros y débiles por la miseria del terreno rocoso del que chupaban; cruzaba calveros de tocones negruzcos, chamuscados por los incendios de los pastores descuidados o maliciosos, o bien devastados por los recolectores de corteza que los dejaban desnudos y sanguinolentos a merced de los carboneros y desbrozadores que les dan con el hacha despiadadamente; andaba presuroso por encima de las tarteras de

piedra de canto vivo y levantisca y, escalando precipicios y surcos, hurgaba y recorría cuevas y refugios perdidos por entre la maleza, en busca de recuerdos y reliquias de sus pasados moradores, visitaba masías y barracas de carboneros, recabando canciones y leyendas, romances y cuentos populares, cazando siempre al vuelo locuciones y palabras especialísimas de aquella comarca que parece dejada de la mano de Dios.

Pero la meca de mis aficiones de excursionista era mas Bardal, en el término de Albanyà, en el que, entrando o saliendo de la montañosa Garrotxa, siempre me dejaba caer, para saludar y conversar largamente con el ermitaño de aquella casa, el viejo Albert. Era éste una especie de anacoreta borrado de las hojas del libro de los muertos, que iba cumpliendo años y más años y arrastrando una vida de achaques y traspiés, ya que, como él mismo decía, «ahora mismo no tenía en todo su cuerpo nada que valiera *tres pitos*». De tal modo había ido enterrando a familiares y conocidos, pues, como bien dice el adagio: «alarga más el que porfía que el que confía»,¹ quedándose solo en el mundo, hasta el punto de que, según su propia expresión, ya no conocía a nadie, como ya nadie recordaba quién había sido aquel hombre en su tiempo. Sólo por referencias se sabía que había pasado por muchas trifulcas, que durante un tiempo había sufrido mucho y que todos sus achaques le venían de heridas y congestiones yendo tras los del tabuco a los que, junto con otros jóvenes de su tiempo, había dado mucha guerra. Hasta se decía de él que era quien había dado muerte al terrible Esparver, el último de aquellos famosos bandoleros que habían hecho temblar la Tierra.

1. Traducción libre del dicho catalán «*allarga més el que piula que el que xiula*», «alarga más quien pita que quien silba». (*Todas las notas son del traductor salvo si se indica otra cosa.*)

Lo cierto es que era bastante misteriosa la persona del Avi Bardal. Tenía pocas amistades y no contaba nunca nada, y de su tiempo ya no quedaba nadie en vida, y hasta los últimos en morir, por saber poca cosa o por reserva, apenas lo mencionaban. Esto daba pie a que en los cuentos junto a la chimenea (en los que abundaban las historias más escalofrantes de los tiempos en los que aquella Garrotxa era guarida de malhechores y perdularios, adonde iban a descansar de sus fatigas, a poner un precio a sus cautivos, secuestrados, como decían, de toda Cataluña y a gozar, entre crápulas y borracheras, de los beneficios de sus rapiñas y pillajes en las espaciosas y acantiladas cuevas que allí abundan y bajo los bosques con hondonadas casi inaccesibles) salía a colación cómo Albert y otros muchos, cansados de sufrir el yugo de las bandas de ladrones, se armaron en somatenes y, después de prolongada brega, hicieron trizas aquellas bandas por los rincones de Brull, de resultas de lo cual el pobre hombre había perdido la salud, sin poder levantar ya más la cabeza.

La primera vez que lo vi, me produjo una impresión harto extraña. Imagínese un hombre enclenque, de carne enjuta y piel apergaminada color ceniza clara, como si estuviera falto de sangre, calvo de cabeza y de barba rasa, siempre como si fuera domingo. Su semblante era pacífico y resignado, la nariz alta y fina de líneas, los labios delgados sobre una barba menuda; y bajo una frente estriada de arrugas, unos ojos azules, apagados y dulces, de aquellos que parece que siempre pidan clemencia. Debió de tener una buena estatura, porque ahora, curvado como iba, todavía era bastante alto. Vestía de paño negro, ordinario pero limpio, camisa blanca sin planchar y en el cuello una corbata de seda, también negra, con tantas vueltas que a la última sólo le quedaban las puntas por anudar. Se cubría la cabeza con un casquete de punto de telar,

rayado de blanco y negro, y calzaba zapatos de lona con suela de alpargata.

Su trato, en un primer momento, resultaba receloso y reservado; fijaba mucho la vista, como si le escaseara, y a menudo cerraba los ojos, apretándose la frente con la mano, como si quisiera retener las ideas o le flaqueara el cerebro; pero, tan pronto se sentía sosegado o convencido de la buena fe del visitante, se volvía más afectuoso y expansivo, aun cuando sólo después de mucho trato se manifestaba su carácter en toda su plenitud. De este modo me explicaba yo la poca popularidad de que gozaba entre los de la comarca, a los que tampoco él tenía en gran concepto, y la escasa intervención que generalmente se le atribuía en la última epopeya de los trabucaires, por más que comprendiera pronto que había tenido mucha. Lo que ocurría era que, a diferencia de muchos veteranos, el recuerdo de sus gestas parecía despertarle sólo pensamientos dolorosos o molestos, por lo que rehuía conversar sobre ello.

Tras repetidas visitas, acabé por congeniar, en el grado en que era posible hacerlo, con aquel carácter airado por los años y los achaques y separado del mundo por razones de salud y de idiosincrasia. Conversando largamente sobre cosas de la tierra, se mostraba admirado y hasta picado de curiosidad por mis particulares aficiones, las cuales azuzaba contándome un sinfín de detalles y cosas que me demostraban una viva penetración y fácil asimilación de los objetivos que me guiaban. Era bastante leído, aun cuando el círculo de su alimentación literaria se reducía al repertorio de doctores y leguleyos de Cerbera de cincuenta años atrás, y, por mucho que últimamente había probado alguna cosa de los nuevos tiempos, obsesionado siempre con la idea de que estaba en el último año de su vida, creía prudente no tomárselo muy a pecho,

pensando que ya sabía bastantes letras para llegar al otro mundo. Aun así, su inteligencia era suficientemente abierta para aplicar a las pequeñas cuestiones que nos planteábamos un criterio bastante justo y a veces sumamente original.

Un día en que tenía mejor humor, después de contarme algunos casos concretos, al ver el interés con que le escuchaba, acabó por mostrarme los recuerdos que de aquellos tiempos guardaba. El brazo izquierdo, medio tullido por un balazo, otra señal honda en el hombro derecho, el cuello todo él cosido con unos puntos que parecían marcar dientes de león y, por fin, remangándose la pechera de la camisa, sacó pecho, mostrándome una horroroso costurón por el lado del pezón izquierdo.

—Ahora añadidle aún eso —decía él—: el reuma pillado durmiendo al sol y a la serena, las reliquias que conservo todavía del paludismo de las torrenteras y las cavernas bajas, el asma, producto de los grandes cansancios y... mil penalidades de otro tipo, de las que uno no se deshace nunca, y veréis qué vida he llevado y por qué poder de Dios todavía me arrastro por el camino del cementerio sin alcanzar nunca la meta.

Luego, dejándose llevar por la pendiente, acabó por descubrirme su corazón, que estaba diez veces más lacerado que su cuerpo. Me explicó cómo había echado a perder su educación, seducido por la amistad de un compañero que lo dominaba como un brujo; cómo se había volcado en la vida aventurera de la guerra civil, seguida de la emigración; cómo se había hundido en la vida de los pendencieros de taberna y de los burdeles, en los que, si no se había refocilado, fue más por instinto de pulcritud innata que por sentimiento de moralidad; que el continuo contacto con gente perdida, a la que despreciaba por orgullo o por sentimiento de superioridad, sin saberse zafar de ella por su natural indolencia,

además de haberle hecho perder los últimos vestigios de las enseñanzas y de los buenos ejemplos de la familia, le había generado un carácter retraído y taciturno. La falta de trato con gente que pensara o que creyera le había llevado a concentrarse, creando una filosofía especial con arreglo a su propia individualidad y completamente despojada de altruismo.

Al comprender que estaba malgastando su vida en un medio ambiente que no era el suyo y que le repugnaba, suspiraba por una existencia más noble y por el trato con gente honrada, pero no por ansia de perfección moral, que ni comprendía, sino para un mejor bienestar material, como quien entra en la iglesia sólo porque le place más el aroma del incienso que el tufo de la taberna. Resistió al embrutecimiento material, como los gatos se defienden de la suciedad, por instinto; pero su embrutecimiento moral llegó a atrofiarle hasta la idea del bien y del mal. El bien, para él, era lo que se ajusta a las conveniencias personales, siempre que la justicia no tenga nada que decir al respecto, y el mal, lo que las contraría, lo que displace, lo que quita la tranquilidad. Así se explica que su amigo le sugestionase y dominara, incluso hiriendo su orgullo, porque el ambiente de corrupción en el que vivían a aquél le era favorable, pues era el suyo propio, y dentro de él triunfaba la superioridad de su ingenio, de su despreocupación y de su fuerza corporal.

Pudo, por fin, sustraerse con un supremo esfuerzo, y volver a casa. Firme en su propósito, se relacionó con gente como Dios manda y, creyéndose regenerado, buscó y obtuvo el amor de una chica honrada; pero el antiguo amigo, convertido en enemigo mortal y más tarde en jefe de bandoleros, le declaró la guerra a muerte, combatiendo los dos a sangre y fuego. Su rivalidad, alma de la última epopeya de los trabucaires, acarrió sobre él desgracias,

contratiempos y terribles desengaños, y su filosofía, desprovista de creencias positivas y rellena sólo de egoísmo huero, no le sirvió de nada. Luchó mientras tuvo fuerzas, sostenido por la desesperación, hasta que, aterrado y abatido, la cabeza le flaqueó y cayó en el más bajo grado de embrutecimiento moral y material, del que sólo salió después de una luctuosa escena que le abrió los ojos del alma, poniéndole el cuerpo a las puertas de la muerte. Todo esto lo contó en términos breves y concisos, interesándome todavía más lo que callaba que lo que contaba.

—¿Sabe usted que esto es interesantísimo? Qué lástima que no lo tenga escrito —dije yo.

—¡Escrito! —hizo él—. ¿Lo queréis mejor escrito?

Y me mostraba sus cicatrices.

—Pero se morirá, ¡y el libro se perderá! Quiero decir en papel y letra de molde, para el recuerdo de una época característica de nuestra historia y para medicina de las almas enfermas.

—¡Y quién creéis que leería esas miserias hoy en día? ¿Quiénes son los enfermos de esta especie que quieren curarse? Todos se creen con salud de sobra. Además, yo no sé escribir para los otros, ni los viejos saben de letras, y los jóvenes... Muchos de ellos más valdría que no supieran.

* * *

Pasaron muchos meses y, cuando ya me preparaba para reanudar mis excursiones anuales, recibí la visita de un sujeto que dijo ser el albacea de Albert dels Bardals, quien, después de informarme de la muerte de éste, manifestó que entre sus papeles había encontrado un paquete cerrado dirigido a mi nombre; y creía interpretar la voluntad del difunto haciéndome entrega de dicho paquete.

Abierto el paquete con todos los respetos debidos a la memoria de quien procedía, resultó contener toda una recopilación de impresiones, relaciones de hechos, observaciones y reflexiones, todas ellas de carácter personalísimo, íntimo, por decir mejor, llenas de ingenuidad y hasta muchas veces de compunción, más desgarradora por la crudeza y por el realismo con que hechos y conceptos eran a menudo presentados.

No creo conveniente hacer más comentarios sobre lo que, bajo mi responsabilidad, me atrevo a dar a la stampa. Sólo para justificarme, transcribiré algunos fragmentos de la carta de acompañamiento que se encontraba en el encabezamiento de la documentación. Rezaba así:

«Buen amigo: Cuando recibáis la presente, yo ya dormiré en la solana, bajo los cipreses de la parroquia. Dios me dé buen sueño y quiera acoger mi alma con Él, amén».

* * *

«Ya cuando un día me hablabais de escribir mis memorias, tuve la intención de llenaros los bolsillos con estos papelotes; resistí, no obstante, con la idea de hacer un repaso, selección y ordenación de ellos. Todavía más: algo afectado por vuestra misma obsesión, quise, en las postrimerías de mi vida, volver a ver por última vez muchos de aquellos sitios que me fueron tan familiares; quise refrescar mis recuerdos, gratos y desvanecidos, los unos, como sueños infantiles, vivos y punzantes como dagas, los otros, a fin de injertar savia nueva en la obra de quien ya *in mente* os hacía heredero.

»En efecto: me hice pasear por unos y otros lugares, y al cabo de poco volví a casa reventado y con el ánimo más abatido que

antes. Me pareció talmente que aquella tierra padecía de mi propio mal y que, igual que mi cuerpo, se arrastraba por el camino del cementerio. Ya no es aquella tierra moza y rumbosa, como una novia montañesa que yo había conocido. Sus lujuriosas arboledas van desapareciendo, desmochadas por el desbrozador estúpido y por el carbonero explotador de la ignorancia y la miseria del propietario; y acosada por la batida ha huido también la fauna que antes le daba vida.

»En el santuario de la Mare de Déu del Mont me mostraron dentro de un *exvoto* los colmillos del último jabalí de los bosques que murió luchando con Moncanut, en cuyas carnes se encarnizó como para vengarse de la destrucción de su estirpe. El último gamo, después de vagar algunos años, viudo y huidizo, por hoyadas y torrenteras, un día de nieve se acurrucó, roñoso y pelado por los años y la miseria, bajo las tapias del mas del Pui, como pidiendo al masovero la caridad de librarle de una vida tan acuciante y hueca. Las águilas imperiales, soberbia pareja que no tenía rival ni parangón en todos los montes de Europa, cansadas de pagar el escote de sus huevos al sabio coleccionista que había enseñado a los montañeses a jugarse la vida para robárselos, ya han abandonado los apriscos de Talaixà. Los rebecos ya hace tiempo que miran sus antiguos cuarteles de invierno desde los ventisqueros del Puigmal y del Canigó, y los lobos, que no se rindieron a los mastines ni a sus collares tachoneados con púas de hierro, no pudiendo resistir la luz del sol que sacaba de las tinieblas sus guaridas, abandonaron el lugar, y los que no, acobardados y fugitivos, murieron comiendo la bola como miserables perros pordioseros.

»Sólo permanecen allí, inmutables como entonces, aquellos gigantescos caparzones, haciendo patente un eterno milagro de equilibrio. Aquellos despeñaderos fueron de plomo, con sus basa-

mentos carcomidos por la acción traidora y sorda del agua; aquellos mismos guijarros abalanzados sobre simas como bostezos de infierno; y aquellos colosales morros de peña viva, apuntalándose los unos en los otros como proas de fantásticos barcos en combate: unos, angulosos y rojizos; otros, verduzcos y negros; y otros rematados en esperones de contornos epilépticos y retorcidos como blasfemias de condenado.

»Cierto que en muchos lugares, como la carne que retoña por sobre el hueso agorgojado y carcomido, se endereza todavía, potente y lozana, la vegetación, protestando contra el expolio del que es víctima por parte de la estupidez humana, haciendo más conmovedoras, si cabe, con el frescor de sus colores, la miseria y la soledad de aquellos parajes salvajes.

»He aquí como he encontrado la tierra que guarda los recuerdos de mi juventud; recuerdos que, en mis larguísimas horas de triste soledad, iba clavando en estos papeles, con la esperanza de que así dejarían en paz mi alma atribulada, y he aquí por qué razón no me vi capaz de ordenarlos y revisarlos como quería. Mas yo espero que vos, que hacíais gran glosa de una tierra que muchos de sus hijos hemos maldecido; vos, que os dabais la molestia de recibir insolaciones y grandes fatigas con el fin de desvelar los secretos de sus cuevas, riberas, gargantas y recovecos, tomando nota de los rumores de las selvas, del bramar de las cascadas, de los cantos de los pájaros y hasta de los ladridos de las bestias del bosque, como de las palabras de los destripaterrones que, a veces, no son mucho más que ladridos de animaluchos, quizá todavía encontréis algo que os gustará, aunque sólo sea para enriquecer vuestra cartera, como decís.

»Por lo demás, vuestros son: cortad y cosed según vuestro libre albedrío; mas, si tuvieseis la idea de hacer públicas estas páginas,

meditad bien si no fuera mejor echarlas al fuego. ¡Están tan llenas de sangre...! Sangre manada a borbotones de anchas heridas y sangre de aquella que chorrea con gotas de oro de un corazón lacerado por la desesperación y las sequedades del espíritu; y... es mucha sangre, tal vez demasiada, para estos tiempos de refinamientos y de feminismo. Con todo, helas aquí y, pues quedáis advertido, si no os placen, quemadlas, que haréis mejor».